



EN LA OSCURIDAD
DE SU VIENTRE

Claudia Fulgencio

EN LA OSCURIDAD
DE SU VIENTRE



Primera edición: noviembre de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Claudia Fulgencio

© Dibujos: Mar Gasca Madrigal

© Fotografía de solapa: Sergio Adrián Camacho

© Diseño de imagen *Electrocardiograma y belecho*: Gilberto Llanos Jiménez

ISBN: 978-84-10400-86-3

ISBN digital: 978-84-10400-87-0

Depósito legal: M-24475-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis padres, maestros y amigos
que me ayudaron a vivir.
A Antonio, Maya, Yatzil y Clarice.*

El verdadero contacto entre los seres solo se establece en la presencia muda, en la aparente no comunicación, en el intercambio misterioso y sin palabras que se asemeja a la plegaria interior.

E. M. CIORAN

I

LA MADRUGADA SABE EN TU BOCA A TIERRA SECA

Cambias de postura en la cama y ese giro provoca que te despiertes; tienes la sensación de que tu cuerpo es solo una masa de nervios que desde hace años no se comunica con tus sentidos. Después de todo ese tiempo de evasión, hoy eres consciente, por primera vez te percibes en él. Esa peculiar extrañeza de ti mismo te lleva a tener miedo, ¿es posible que en realidad sea ese niño quien lo habita y vayas a descubrir que no eres tú quien mira desde tu interior? La angustia recorre tu piel hasta internarse en tus vísceras. Te levantas de prisa en dirección al baño, donde orinas y después defecas. Y como si tuvieras miedo de perder el control, abrazas tu cuerpo en posición fetal para intentar volver a sentirlo tuyo.

Te incorporas del excusado y las piernas te tiemblan. Mojas tu rostro con agua fría del lavabo y te enjuagas la boca, mientras eres consciente de que sientes tus propios dientes. Por si acaso, te reafirmas en ellos. Tu lengua recorre sus sinuosidades, las puntas y lisuras. El sabor de la saliva amarga inunda los orificios de tu boca. Sin más, el orificio eres tú, te has tragado sin darte cuenta. Ahora estás atrapado en esa persona que te han dicho que eres, que crees ser.

Sientes vergüenza al recordar el niño que fuiste. Sus necesidades y deseos infantiles te abruman. Así lo confirma el desconcierto de tu rostro, reflejado en la penumbra del espejo, en el que intentas

no volver a mirarte. Enseguida te dices a ti mismo que esto pasará. Tratas de tranquilizarte, aunque sabes que todo ha cambiado y percibes que tu cuerpo vuelve a ser ajeno a ti.

«¿Quién eres?», te pregunta la voz de ese niño que escuchas al salir del baño.

Cierras la puerta.

De vuelta en la habitación, enciendes la pequeña lámpara de la mesita de noche y descubres que sobre la cama está tu mujer durmiendo; piensas que mirarla te ayudará a traer de vuelta la paz de tu mundo. De ese mundo que, justo al cambiar de postura en la cama, termina por expulsarte de la tranquilidad de tu vida. Te parece increíble escuchar su respiración en este entorno. Porque, si de algo estás convencido, es de que este mundo ha dejado de ser el tuyo.

Desde la luz nimia, observas los lunares de Clara sobre su espalda. Sientes envidia al ser consciente de que ya no gozas de esa calma. Ahora eres un espectador y por eso no te atreves a tocarla. ¿Cuál es esa realidad que has dejado de sentir tuya? ¿El recuerdo del niño que fuiste te ha desterrado de ti mismo para sentir el tajo de esta trágica escisión? Tu corazón se hunde hasta tus vísceras, lo sientes latir fuerte, llenar tus oídos hasta que el sonido ocupa todo el espacio de la habitación. Apagas la luz. Piensas en todo lo que en apariencia has hecho, porque continúas ahí, quizá, sin haberte movido.

Entre las cortinas que cuelgan sobre la ventana se filtra un fulgor tenue, supones que está a punto de amanecer. Descubres que el movimiento de tus ojos delata la parálisis del resto de tu cuerpo. Aquel pavor de no saber definir lo que te pasa te ha dejado exhausto, y suspiras. La idea de que tu cuerpo le pertenece a ese niño sigue inquietando tu mente.

Sabes que algo ha cambiado. Estás recostado, pero a la vez, te sientes flotar. Puedes verte en el techo de la habitación —algo se revela—, crees que en ese instante eres todo: techo, ojos, pared, piernas, ventana, corazón. La realidad se torna inverosímil. Si acaso, eres solo un objeto más. O quizás eres solo un ojo, un ojo su-

premo que observa desde todos los puntos. O simplemente te has metido, por un momento, en el cuerpo de aquella araña que antes te miraba desde el marco de la puerta para descubrir que, en efecto, eres todo menos tú. Tienes ganas de gritar, pero un miedo viejo y mudo —conocido— se ha vuelto a tragar tu voz. Puedes verte sin contorno, sin silueta, diluyéndote como líquido que se expande sobre la cama. Recuerdas a Samsa y hasta ese momento sabes que Kafka no mentía. Lloras su muerte ante el desamparo y la soledad que sientes al no poder confiarle a él, solo a él, este miedo que te estruja el alma. Porque nadie más que él podría entender tu metamorfosis sin asombro, sin espanto, sin juicios, sin necesidad de intentar devolvarte a la normalidad. Duermes.

«Tranquilo, ahora le brotarán las antenas que le harán bloquear su lado humano. Después comenzará a ver diferente, como si alguien bajara el brillo de la luz, digamos que, desde una tonalidad más oscura, tendrá ftofobia y no podrá enfocar bien, como si tuviera un defecto en la mácula. Cualquier cosa es mejor a no ver del todo. Tal vez por ello, ya no escribirá más que por las mañanas, claro, si habilita sus patas para tomar la pluma. Lo traumático será el cambio de sus manos que gozaban de cinco dedos al paso abrupto de esas frágiles patitas. ¡Ay de usted si se las deja pisar!, o por distracción, usted mismo las rompe. Su voz será la de siempre, pero la escuchará distinta, lejana, no se reconocerá más en ella».

Despiertas de ese breve sueño, la madrugada sabe en tu boca a tierra seca. Sabe a temor, a miedo del pequeño intruso. Si algo te mantiene conectado a la realidad es esa fuerza de comunión entre tu ser y el mundo. Es la conciencia de ti mismo. Aunque hoy dudas de que tu cuerpo esté sobre la cama, en esa habitación, por primera vez crees que puedes perder la razón.

Continúas acostado, piensas en el tiempo que resta para que amanezca. Respiras, intentas volver a contactar con la realidad, pero esta vez de otra manera. Pretendes engañarte al querer gozar de la agradable calidez de las mantas. Sabes que es inútil, la tranquilidad que el común de la gente da por hecho esta noche te ha

ignorado. Es en vano que te lleves las manos al rostro y las cruces sobre tu pecho para afianzar tu existencia con la ayuda del tacto.

Tu mujer se levanta al baño, camina a tientas, en la oscuridad no percibe si estás despierto. Tú tampoco le hablas. A su regreso se recuesta y te da la espalda. Algo pasa que percibes estar dentro de una membrana que te separa con sutileza de Clara, de los objetos, de ti mismo y que solo tú puedes sentir. Los sonidos también han cambiado, ahora los escuchas opacos, mientras se propagan en línea recta, sin elasticidad a causa del vacío. Desde el vacío, el sonido no puede transmitirse. Y ese niño que fuiste es el vacío que hoy trata de persuadirte. Pero tu espanto no te deja apreciar su voz y te cuesta trabajo reconocerlo. Y aunque sospechas que ya lo has oído, todo te parece un sueño dentro de otro sueño. Al final, solo queda esta incertidumbre.

Ya es por la mañana y Clara se ha levantado, el peso de su cuerpo marcó sus trazos sobre las sábanas. Miras de arriba a abajo el ventanal hasta que te levantas para abrir las cortinas. La luz sobre los cristales hace surgir el reflejo de tu imagen, solo entonces intuyes que el miedo tiene peso, rostro, edad y necesidades. Solo entonces crees que lo has visto. Sospechas que es ese niño quien intenta desconectarte del mundo para que regreses al suyo y te recuerde —desde su grito bilioso y enfermizo— quién eres. Crees que es él. Crees que eres tú.

II

CUEVA SIN ECO

Parecía que las palabras que habías aprendido te las hubieras tragado por voluntad propia, por mera obstinación y terquedad. Consciente y decidido, ataste a tu lengua los sonidos codificados del mundo que guardaste en tu boca, cueva sin eco.

Descubriste que, al no hablar, no nombrabas las cosas y, entonces, el encanto sucedía: desaparecías. No desaparecías de manera sobrenatural como un espectro invisible. Tu desaparición era más sorprendente y prodigiosa, pues, mediante la mudez, tú mismo te anulabas al desautorizar tu existencia para ir en busca de la huida. Sabías que la mudez te daba poder.

Al no hablar casi con nadie, tú eras quien decidía con quién sí y con quién no hacerlo: «Tú sí, tú no». Y elegiste a ese insecto que con frecuencia salía corriendo veloz de entre la hierba solo para verte. Era un insecto cara de niño de mirada fija y boca feliz que justo por su sonrisa abrigaste como tu confidente. Fueron varias las ocasiones en las que hablaste con él, pero una mañana tu padre, con su rápido andar, lo pisó sin darse cuenta, y entre su crujido torácico y la mirada agónica que solo tú pudiste ver, guardaste todas sus conversaciones, llevándose tu secreto con su ausencia.

Su sonrisa era todo lo contrario a la muerte. Sí, crees que lo recuerdas bien. Aquel insecto me dijo que hablara y, para que me animara a hacerlo, me prestaría su mandíbula poderosa. Pero no quería hablar, tenía que guardar el secreto. Después me pidió que

lo contara todo a gritos, aunque mis pensamientos no tuvieran orden. Y como solo sabía sentir, lo que hice fue correr y correr y tragarme en girones todas las palabras que mi boca encerraba. Porque no sabías explicarlo, ya que el miedo y la vergüenza son difíciles de revelar para cualquier niño. Al igual que tú, hoy en día, sigues sin explicártelos.

No había Cristo que me hiciera hablar, decía tu madre, entre un sutil enojo y una gran desesperación. Y aunque sus ojos a veces también se parecían a los de ese bicho de mirada cómplice, sabía que en ella no podía confiar. Lo intuía. «A esa edad no existen los conceptos abstractos», te escucho decir. Yo la amaba como a nadie, pero también sabía que me traicionaría. ¿Qué era lo que observabas en ella para que con tu breve estatura la pudieras identificar con tan solo dos palabras: amor y traición? En aquel momento lo ignorabas. Y creo que ahora tú lo sabes, por eso has preferido callar.

Era un niño solo y a veces olvidado. «Al que no habla, Dios no lo oye». Tu madre me escuchaba en algunas ocasiones, aunque casi siempre estaba ocupada. Por eso tenía que gritar. Escucho mi propio grito llamándola —me miro ahí, en mis primeros ensayos infantiles—, sentado sobre aquel retrete, amplio y temible para un culo infantil. Tu madre me había vuelto a olvidar, ¿qué estaría haciendo?, ¿a dónde iría?, ¿se habría marchado para siempre? Solo y más pequeño que nunca, comenzaba a imaginar historias. Me parecía que el baño era una cueva y la reverberación de mis propios ruidos me hacía jugar con los sonidos de mi voz hasta cansarme. Y de nuevo comenzaba a gritar, a ella o a tu padre, para volver al inicio: «¡Mamá, yaaa! ¡Papá, yaaa!». Con tanto alarido me imaginaba que tu padre había quedado convertido en fruta, en una proporcionada e insípida papaya. Era inútil, nadie venía a limpiarme el culo. Pasado un rato, sentía que estaba al borde de un gran precipicio sobre el cual mi desnudez me volvía más indefenso. Mis muslos cansados de sostener mi propio peso se encontraban al límite para resguardar por más tiempo mi equilibrio, mis pantorrillas y talo-

nes mantenían fidelidad a la curvatura del excusado sujetándome firmemente a él. Imposible resistir tal proeza durante demasiado tiempo. Sospechaba con temor que, si los extendía, ese hoyo sin fondo me succionaría. Me iría dentro del caño amenazante de esa garganta oscura, callada como mi boca, haciendo ruido solo para tragar saliva y agua. Era un niño, además de olvidado, sucio de mierda al que le faltaban ya las piernas, porque el frío y mi postura me las habían adormecido, hasta sentir que eran recorridas por una marabunta de tirantes hormigas negras.

Aprendí a callar y a pasar desapercibido. Tantas fueron las palabras que tragué que empezaron a asfixiarme e iniciaron largos periodos de angustia y enfermedad, ¿recuerdas? La maestra le dijo a tu madre que no entendía ni sabía lo que me pasaba, pero que, además de no hablar y no participar en clase, esa tarde yo le había confesado que me ahogaba. Era inútil confiar en los adultos, ninguno sabía guardar el menor secreto. Continuó diciéndole que no sabía qué hacer conmigo y que lo más grave a su entender era mi confesión de no poder respirar, situación que la había preocupado y causado un tremendo susto, como el de ese día en el que me sobrevino la asfixia en clase. Entre otras cosas, le recomendó que hablara conmigo, pero justo al terminar de hablar con ella, tu madre solo tenía ganas de darme una buena zarandeada. No paraba de repetirme con disgusto que no me comportara como si estuviera loco. Que cómo era posible que, además de mi supuesto mutismo, ahora se me ocurriera decir que me ahogaba, que no podía respirar. Que para colmo no podía llevarme a la escuela hasta que mejorara. «¡Mejorarte de qué!», afirmaba con desesperación, para continuar diciendo que si acaso lo que quería era repetir ese año. Que apenas estaba en tercero de primaria y que aún no había cumplido los ocho años. «¡Piensal!», me decía desilusionada.

Por eso, aquel insecto cara de niño quería que, de una vez por todas, lo contara todo, que les revelara a ellos esa verdad que me superaba en experiencia y que, desde la infancia, no podría soportar. A su muerte, creció más mi temor y timidez, mi interlocutor

había dejado de existir y su silencio valía mi afonía. Ese día en que las pisadas de tu padre lo mataron, vi cómo era llevado en andas por voraces hormigas negras, las mismas que en el baño caminaron sobre mis piernas.

La preocupación de tu madre la hizo ir corriendo junto con tu padre al Instituto de Salud, aquel recomendado por la maestra. Me llevaron con un hombre de bata blanca y gafas que no curaba porque no inyectaba ni recetaba como los otros y al que solo se le iba el tiempo en hacer preguntas y preguntas que nunca respondí. La desconfianza había crecido en mi estómago y después noté que algo recorría mi pecho como si fuera el alma del insecto cara de niño dentro de mí, porque sentí claramente que me retorció las cuerdas vocales de mi garganta con una de sus patas, obligándome a querer hablar y a confesarles que no soportaba ir a la escuela por temor a que tu madre me abandonara y no regresara a por mí. Cada vez que llegaba tarde a la salida del colegio, yo tenía que soportar las burlas de los compañeros, que me veían llorar por sentirme abandonado, hasta revelarles que me ahogaba. Además de susurrarles que sospechaba que aquellos soldados me llevarían. «¿Qué soldados?», me preguntaron. Los de la guerra que hasta ese momento me habían estado acechando. Y todo lo que tendría que confesarles sobre la habitación del fondo, hecho que le prometí al insecto no contar por ser el más grave de mis secretos.

Por fortuna, el bicho dejó de caminar por dentro, se apaciguó y decidí de nuevo callar. Ese hombre, al igual que la maestra, jamás me entenderían, por eso quería irme sin contarle nada. Y quería irme ya, con las palabras entre mi paladar y mi lengua, vueltas a rumiar, contenidas, mudas.

Tus padres me miraron. Luego, los tres me miraron como si esperaran que entonces, a falta de voz, sacara algo de mis bolsillos, algo que pudieran ver, algo tangible: una canica, un dado, una liga. Pero no, ese día no se me ocurrió llevar nada. Dejé ir mi voz en el momento en que las hormigas se llevaron a mi amigo en andas y le juré que no hablaría, que no le diría nada a nadie. Mucho menos a

tu madre. Decidí vivir con la sensación de asfixia permanente. Era un ahogo constante que, durante mucho tiempo, me acostumbré a respirar por la boca, como si fuera una prolongación de ese grito mudo y hacia adentro.

A veces pienso que, a diferencia del grillo que canta, el insecto cara de niño era como yo: niño. Y tenía un canto o estridulación no audible para los seres humanos. Y yo, como él, era un niño sin voz.

Todas las mañanas, antes de levantarme, pensaba con quién elegiría hablar y con quién enmudecer para volverme ese espectro invisible. Antes de levantarme, sabía que yo, Espíritu, era el mago de mi propia voz y el dueño de mi lengua muda. Yo y todo mi poder, delegado en la elección de convertirme o no en palabra, en estricta presencia.

